



JESUS CAPO

ESCRITOR RENTERIANO EN
TIERRAS AMERICANAS

Jesús Capo nació en Rentería, hace 45 años, y marchó a Chile el año 59 donde reside.

Jesús Capo era muy conocido en la Villa pues por los años cuarenta, y todavía en los cincuenta, Rentería, como sociedad, era lo suficientemente humana como para que, aunque no quizá a nivel individual, sí a nivel de grupo familiar, las personas se conocieran todas entre sí. Por lo tanto, los Capo eran una familia conocida por cualquier renteriano, teniendo además en cuenta que los Capo regentaban un negocio de perfumería de verdadero prestigio, en cuanto a calidad de producto se refiere.

Los Capo habitaban en una casa, ya desaparecida, que estaba enclavada justamente en frente del restaurante «Panier Fleuri», y allí mismo radicaba el comercio que, lógicamente, solía ser muy visitado por clientes que acudían al prestigioso restaurante, también. El progreso económico hizo desaparecer la casa, el negocio familiar, y, a la misma familia, que optaron por reunirse a parientes residentes en Chile. La casa desapareció por imperativos de necesidades territoriales de una empresa industrial. El negocio de perfumería, un ne-

gocio marcadamente artesano hasta aquellos momentos, empezaba a no tener razón de ser en un mercado que evolucionaba, a marchas ultra rápidas, a cotas de producción y marketing de masificación y sofisticamiento. Rentería evolucionaba a niveles insospechados. Las fincas se vendían, todas, y se construían edificios, cada vez más altos y más medidos, para albergar a tanta gente que llegaba para engrosar las plantillas de las empresas industriales de la Villa. Y en muy pocos años los renterianos llegaron a desconocerse entre sí, desconocidos hasta el nivel de grupo familiar.

Como es natural, los que vivimos en aquel Rentería de los años cuarenta y cincuenta, y antes, si podemos recordar a los Capo, como también podemos recordar a otras familias de entonces. Y también es posible el recuerdo de Jesús que ahora nos es noticia por haber ganado un premio literario, en Chile, en un concurso organizado por el diario «La Tercera» de Santiago. A la convocatoria habían concurrido alrededor de cinco mil cuentos, obteniendo Jesús el tercer premio. Sabemos por la Prensa chilena los pormenores, o algunos pormenores, del concurso y de algunas declaraciones del galardonado, pero nos dirigimos directamente a Jesús para que como renteriano nos con-

teste a preguntas concretas, a preguntas que nacen no de una curiosidad ante el triunfo sino de deseos de desvelar facetas de su personalidad. Esas cualidades que a veces desconocemos a pesar de años de convecindad.

- ¿Cuándo escribiste el primer trabajo literario? Es quizá imposible saber cuando un escritor realizó su primer trabajo pues seguramente lo ha estado haciendo desde siempre, desde antes de tomar en su mano la pluma, pero, nos referimos a ¿cuándo escribiste esa obra en que tu consideraste ya como un trabajo literario?
- Cuando tenía 17 años escribí unos poemas, que posteriormente los rompí. Luego, cuando tenía unos 19 ó 20 años, escribí unos cuentos. Envié varios a la revista Rumbos. Me contestaron que me los iban a publicar, pero perdí el contacto, después de varios números, y no sé lo que pasó. Envié un cuento a La Estafeta Literaria y, aunque no mantenían correspondencia con gente que les enviaban cosas, me escribieron diciendo que me lo iban a publicar. Esto me hizo suponer que el cuento tenía algún valor. Pero la cosa es que no lo tomé en serio y no me enteré si lo publicaron o no. Además esto era ya por el 59, año en que me vine a Chile. Pero por entonces ya colaboraba con algunos artículos en el semanario Juventud Obrera. Ya sabes, un semanario que publicaba la J.O.C. La cuestión es que no dí la suficiente importancia a esto de escribir, sino hubiera escrito más, y hubiera tratado de publicar algo, pero por suficiencia o soberbia me dejé estar y...
- Y ¿después?
- Después, ya sabes. Me vine a Chile, en el 59, y aquí tomé contacto con grupos de gente con estas aficiones literarias, aquí les llaman talleres literarios, y seguí escribiendo cosas, sobre todo teatro. Si, tengo escritas unas ocho o diez obras. Pero también estuve largos periodos sin escribir. De hecho, después de casarme, en el 64, casi no escribo nada hasta el 70. En el 70 tomo contacto con otra agrupación, como otro Taller, que estaba coordinado por el escritor Guillermo Blanco, que creo tiene publicadas cosas también en España, con Pomaire, y me selecciona varios cuentos que se publicaron en la Revista Mapocho, de la Biblioteca Nacional de Chile. Y, así, haciendo cosas de vez en cuando, he continuado hasta ahora que he ganado este premio y he conseguido también que, entre los cuarenta cuentos seleccionados, haya tres míos.
- ¿Además del premiado?
- Sí, además del premiado.
- ¿Sobre qué temas te deslizas en tus trabajos literarios?
- Me interesa el hombre interior, especialmente. Si se analizan mis personajes se verá que apenas describo rasgos físicos en ellos, quizá alguno referente al carácter. Mis personajes están determinados por la acción, por los hechos. Dejo al lector que se imagine como guste al personaje.
- En esta tu larga ausencia del texto, ¿cuál es tu sentimiento con respecto a tu pueblo, con respecto a Rentería?
- Qué te voy a decir. Esto es algo que sobrepasa lo escrito. Hay que vivirlo para darse cuenta. Todos los que han seguido de cerca la vida de un escritor emigrante han podido captar algo. Por ejemplo, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Alejandro Casona, Ramón Sender, Alberti, etc. Yo, qué quieres que te diga, mi pueblo vive en mí permanentemente. Rentería no es sólo su físico. Son sus gentes, especialmente. El hombre. La distancia lo suaviza. El tiempo idealiza. Regresé a Rentería después de trece años. Es-



Magdalenas 1953. Jesús Capo, arriba izquierda, con otros herriko seme de siempre y que seguro se reconocerán.

tuve sólo unos días, de paso. A visitar a los amigos. Mi primera impresión, entonces, fue que el pueblo me pareció mucho más pequeño, otra vez recobró su realidad. Luego, cuando otra vez me vine a Santiago, después de cierto tiempo, Rentería vuelve a ser para mí el pasado. El Rentería de hasta el año 59, el Rentería de mi niñez y de mi primera juventud. La Alameda repleta de gente bailando. Los bares del chiquiteo. Las chicas. Los amigos. Los conocidos. El río con sus riadas. Los vecinos. El colegio. Las marchas montaÑeras. Los ejercicios espirituales en la iglesia. Los resultados de los partidos de fútbol en las tardes de los domingos en los bares. No terminaría nunca hablando de todo ello. Hablando de las calles centenarias con sus casas de piedra. Aquella casa, en la calle Capitán Enea, con su escudo, en que yo me detenía a veces. La calle Magdalena con su ermita, donde uno se congelaba, a las seis o siete de la mañana, en las misas de la J.O.C. Mis compañeros de la J.O.C. Todavía tengo un Cristo «daliniano» que me regalaron cuando me vine a América. Ahora tiene para mí un valor incalculable. No puedo mencionar nombres. Serían demasiados. Serían demasiados los amigos. Pero ellos saben quienes son.

- ¿Piensas si este sentimiento con respecto a tu pueblo tiene algo que ver con tu literatura?
- Este sentimiento sí ha influido en mi literatura. Porque ha influido en mi forma de ver las cosas. En mi estilo. En mi vida. Mi pueblo lo llevo dentro de mí intacto. No lo quiero sobar. Lo tengo dentro para dárselo algún día, si soy capaz, en una novela, o en relatos. Creo que tengo la distancia necesaria y la nostalgia me desborda. Necesito ahora tiempo para poder hacerlo. Llevo con este tema veinte años. Día a día, durante ese tiempo, lo pienso.
- Llevas veinte años en Chile, prácticamente la mitad de tu vida, ¿en qué sentido incide esta circunstancia en tu literatura?
- Te diré en principio, la emigración fue para mí un golpe terrible. La pérdida de mi identidad. El desarraigo. La desesperación. Sin embargo había, también, una cierta esperanza. Me hallaba ante un mundo nuevo. Una nueva forma de vida. Un mundo desconocido. En lo literario me supuso un gran aislamiento. Una confusión en mi lenguaje. ¿Cómo debía tratar de escribir? Eso en la forma. Y en el fondo, es lógico que no sienta los problemas de los chilenos como ellos, y, al mismo tiempo, los problemas de mi tierra no me llegan casi. No los vivo. Pero, en fin, es posible que, de cualquier modo, aquí o allí, escribiría lo mismo. Como te he dicho en una pregunta que me han hecho antes, me interesa el hombre interior. Y sobre todo, esos seres marginados, los vagabundos, los abandonados, las prostitutas, los maleantes y demás. De hecho, antes de venirme, también allí, lo que escribí fue sobre estos seres de bajo mundo o como se quiera decir. Y estos seres existen en todas partes. De todas formas, la emigración supone un tremendo choque, ya te lo he dicho, y ello te sensibiliza más. Y como es necesario escribir... Quizá porque es la forma en que mejor me comunico. Quizá para no ahogarme en mi angustia existencial. O para tratar de prolongar esta vida. Para tratar de realizarme. Por vanidad. Por soberbia. Para evitar la locura. Vete a saber por qué. La cuestión es que porque sufro, escribo. Cualquiera, en mi caso, sabe lo que significa desarraigarse. Y sobre todo para un escritor. La contrapartida, te hace sensible al sufrimiento ajeno, puedes comprender mejor a los demás, comprendes mejor lo que es la soledad.

Jesús Capo nos dice todo esto desde allí, desde Santiago de Chile, después de ganar un premio literario con su cuento «Los perros». Ahora su pueblo natal, ahora Rentería, y la nostalgia le desborda, como él declara, con imperativos de trascendencia. Su relato lo tiene ahí, lo tiene dentro, mordiéndole el alma, a falta de ese tremendo esfuerzo que supone escribirlo.



Año 1953, también Jesús, con su hermano Eduardo, Patxi, siempre dispuestos a retratarse, y otros amigos del pueblo